

ESTRENO DE «UN PARAGUAS
BAJO LA LLUVIA», EN EL TEA-
TRO DE LA COMEDIA

Antonio Vico, Julia Caba Alba, Gracita Morales, Alfredo Landa y Mabel Karr, intérpretes de "Un paraguas bajo la lluvia"

Teatro: Comedia. Título: "Un paraguas bajo la lluvia". Autor y director: Víctor Ruiz Iriarte. Decorador y figurinista: Martín Zerolo. Intérpretes: Gracita Morales, Julia Caba Alba, Mabel Karr, Alfredo Landa y Antonio Vico.

"Un paraguas bajo la lluvia" es un sonrosado y juguetón esquema de "ballet". El tono humorístico, burlesco y, en muchas ocasiones, tierno convierte a los personajes en marionetillas encargadas de "representar" los sentimientos habituales a los tipos, de más entidad, de la comedia clásica. Incluso la simetría de las situaciones—Gracita Morales, Mabel Karr y Alfredo Landa, representan cuatro "variantes" de las mismas figuras—, incluso el efecto de paralelismo pertenece al "mussetiano" tapiz: ligereza en la intriga, ironía en el color, destino sonriente, final conocido, sentimientos respetados.

Este teatro, libre, fácil, juguetón, dirigido directamente al espectador, se valora por su desenfadado en la utilización de las normas teatrales y por la calidad de sus pequeñas notaciones. Es un teatro en que el ritmo es importante. Y, en el caso de "Un paraguas bajo la lluvia", un teatro "muy escrito", en que el efecto humorístico siempre queda frenado por el respeto a las características del personaje dibujado. Ruiz Iriarte, dentro del área en que se oye su solo de violín, intenta una visión acuarelada de algunas costumbres casi eternas. Todo lo que se cuenta puede ser verdad. La comedia ligera—o ligerísima—puede contemplar verdades comunes aunque las encarne en seres superficiales. Este sistema dramático conviene mucho a Ruiz Iriarte. El mecanismo de los sucesivos "sketches", el aire casi de farsa de "Un paraguas bajo la lluvia", la discreta preocupación psicológica, el efecto relojero de la repetición de los comportamientos, son unas cuerdas muy flojas y de peligrosidad conocida. Pero el buen gusto, la exuberancia verbal y el sonriente punto de vista disminuyen el riesgo y, en cierta manera, literaturizan el "vaudeville".

Trabajo, pues, para los intérpretes. Si el arte del comediante no se basa en la "identificación", sino en la "representación", entonces acertan los intérpretes de Ruiz Iriarte, a quienes el propio autor, en funciones de director, ha marcado los papeles buscando la claridad de exposición y encarnación. Como la obra parece hecha "a la medida" de Gracita Morales la ges-

ticulación, tonos y emisiones de voz de la actriz están aquí en su sitio. Será difícil, dada la peculiaridad y solidez de estos efectos, que Gracita Morales se ajuste ella a los personajes. Los autores deberán escribir para esta fuerza viva de la escena, cuya comicidad—y, en determinadas circunstancias, patetismo—es indiscutible. El esfuerzo de la actriz por encajar cuatro personajes no puede ir más allá de los límites de su personalidad. Ya es un "record" verla afrontar la dilatada

operación de "centrar" una comedia de este tipo.

Junto a Gracita Morales luce muy bien Mabel Karr, contrapunto de la protagonista, siempre de ingrato texto, siempre condenada al fracaso. Hay una comicidad de factura muy actual y eficientísima: la de Alfredo Landa. Y una pareja de efectos medidos y seguros—Julia Caba Alba, Antonio Vico—cunmarca la juvenil oleada, con su riguroso e indiscutible oficio.

Graciosos los decorados y figurines de Martín Zerolo. Amplo, suelto, claro el movimiento general. El público anduvo entre las lindes de la risa y la sonrisa. Si este era el objetivo de Ruiz Iriarte, su objetivo está alcanzado.—Enrique LLOVET.